

El estado político de Venezuela es el que sigue: una revolución inmensa, un gobierno sin prestigio, y todas las fuerzas y todos los intereses precipitándose hacia la una como centro absorbente y abandonando al otro como punto paralítico. El gobierno ha llegado al caso en que nadie le cree, en que nadie espera de él y en que conserva el nombre sin lo que significa;

todo confuso que contiene en sí, ignorándolo tal vez los directores, todos los síntomas de una descomposición latente, que solo aguarda tiempo y modo para verificarse: la Revolución, por el contrario, es el gran foco, el blanco de todas las esperanzas, la lazada de todos los compromisos, el grande hecho social, la inmensa crisálida donde duerme la ninfa de la transformación santa y gloriosa.

No es posible, en semejante estado de cosas, sostener lucha, ni contar para el viejo régimen con un equilibrio falso, en que las fuerzas no son iguales, ni los derechos los mismos. Se pretende un absurdo: un gobierno póstumo, un anacronismo oficial, están bien para referidos como cuentos de viejas, pero no para realizados como sistemas positivos. Nadie obedece, nadie da, nadie se presta. Falta la base, que es la fe; falta el apoyo, que es la opinión; falta el título, que es el derecho; falta la fuerza, que son las voluntades; falta el vínculo, que es el deber. El espacio se reduce, la atmósfera pesa, el aliento se fatiga; y no se hace otra cosa, tratando de conservar la misma situación, que luchar contra la naturaleza para morir por fin ahogado.

Aquí se presentan dos consideraciones que hacer. La primera: la de la imposibilidad del propósito de parte del Gobierno, probada ya, y que se puede probar más. El hecho es cierto: no hai brazo que no esté armado, ni voz que no grite, ni voluntad que no aspire contra el orden actual. La Revolución ha recorrido todas sus facetas: la de plan secreto entre pocos, la de plan armado entre muchos, la de plan político con riesgos, la de campañas abiertas con desastres; hoi es más que todo eso, es sangre del cuerpo social, contagio, atmósfera, impulso de intereses, blanco de esperanzas, y hasta motivo de orgullo y gala. Del anciano al niño, del pobre al hombre acaudalado, no hai quien no se avergüence de no ser revolucionario. Se quiere pun-

donor oficial, administración de justicia, buen manejo de las rentas, responsabilidad efectiva, respeto por la lei, garantías para la propiedad, honra por fin para este país, un tiempo tan honrado, hoi postrado en tanta mengua, pan, pan para las familias, que no hai, y aire de libertad y de derechos que no existe.

El labrador va á llorar á la orilla de sus sembrados, porque han desaparecido.... Vino la mano del impuesto, de la espropiación y de la estafa oficial y los devoró.

Los caminos están solitarios; no hai frutos que pasen por ellos..... Vino la mano del impuesto y de la estafa oficial y se los llevó.

Los mercados, sin concurso; la casa del comerciante, sin transacciones y sin ruido... Ese silencio lo ha causado el impuesto y la estafa oficial.

Aquella vida escuálida llega á la casa donde están sus hambrientos hijos solo para decirles que no les trae pan, porque su óbolo se lo quitó en la calle la mano de la espropiación, del impuesto y de la estafa oficial. Solo les lleva lágrimas.

Aquel campo, hoi erial, estuvo hasta hace poco floreciente con el trabajo honrado de tres generaciones. Hubo tres patriarcas que lo regaron con su sudor, y tres familias abrahámicas que comían de su pan. La última de ellas, que se posaba en él como una bandada de palomas blancas, para picar su propio grano, está hoi dispersa por el hambre..... La mano de la espropiación y de la estafa oficial la dispersó. Sobre los viejos árboles del campo y en lo hueco de los paredones, solo se siente el graznar del cuervo de la destrucción y el chillido del buho de las ruinas.

Antes que dar y hoy pide limosna de paso lento y de harapos tristes trvo de y de la estafa oficial lo dejó en la calle; y en la calle mora, pi-
 Hay quien resista á tanta indignación? Hay ojos que puedan mi-
 querida, que causó más de un sueño de gloria á hizo latir el pecho tan
 fué, industrias que no son, campos yermos, colijis

hijos abandonados, el derecho sin fuerza, la lei muda, la justicia impotente, la nacion esclava, el hogar sin fuego, las familias sin pan, el hambre en las calles, la vergüenza en la cara, algunos ricos que rien, todos los demas que lloran, silencio por paz, servidumbre por amor, tumbas por órden, y linfa, linfa pura en vez de sangre en el cuerpo social.

Ah! Dias menguados estos, que estuvieron mui distantes de la mente de Bolívar y de sus Tenientes, el dia que proclamaron la libertad como derecho de todos, y no como un sistema inventado para constituir el patrimonio, las riquezas y el predominio de pocos.

Todo esto se sabe, y por eso se lucha. Del un lado el todo que vive, que quiere, que reclama y que puede; del otro, una parte que solo hace débil resistencia: acá el *yo* que manda porque tiene la fuerza, allá el *tú* que debe obedecer porque no tiene ninguna.

En esta situacion, ¿con qué cuenta el Gobierno? En los Estados, las pocas fuerzas que llevan su bandera forman ya alianza ó la preparan: en la capital, el Gobierno está apoyado en un sistema falso que contiene en su seno fermento latente, y solo aguarda, para descomponerse, el momento de esas asimilaciones que no son ménos que las leyes, porque son la corriente, de la opinión. Las revoluciones, llegadas á este caso, son como la electricidad, que siempre recorre su intermedio. Es engañarse estúpidamente, ó hacer el triste papel de un triste estadista, el pensar que la lealtad es á la persona y no al deber, ó que puede quedar de pié algo fundado sobre arena, cuando el agua lo zapa y está la misma arena removida.

Una cosa es cierta desde que Dios formó el mundo, y que solo variará así que él varíe su obra: que un movimiento así, en que todos entran, que á todos halaga, que á todos cobija, porque es el derecho en accion y la libertad vindicada, siempre triunfa, siempre: y que la voz de un gobierno

que resista, es la voz dada al viento, que se pierde en él.

Ahora es el instante de preguntar, ¿y se puede entablar lucha contra ese movimiento? ¿Es eso posible? ¿Se va á algun fin, pueden alimentarse algunas esperanzas de buen éxito, es justificable tal propósito? Júzguelo quien no esté ciego por la pasion y tenga alguna luz para pensar.

La otra observacion es mas importante aún. Por una parte, siendo el gobierno un encargo, desde que una revolucion general lo retira, el encargo no existe, y toda continuacion en él es una usurpacion. En una república no hai derecho divino, ni en las naciones mismas donde se admite se considera que lo es mas desde que el hecho del pueblo proclama lo contrario.

Por otra parte, y sin perder de vista la reflexion anterior, suponiendo que el gobierno tuviera algunas fuerzas que por algun tiempo le permaneciesen fieles ¿seria racional,

justo ó defendible en el fuero de la humanidad y del derecho, que las empeñase para derramar mas la sangre venezolana? ¿En nombre de qué ídolo ó á título de qué lei se haria esto? ¿Es amo él, tiene látigo, tiene patrimonio que sostener? ¿Para sostener este patrimonio, para contentar la avaricia de Shylock, debemos cada uno de los venezolanos contribuir con una libra de nuestra carne?

Horrible nos parece la idea, tanto mas horrible cuanto que casi no hai hoy dos campamentos: la Revolucion está incrustada, puesta como ataracea en la sociedad, consentida, reconocida, respetada; y seria menester ensayar un sistema de asesinatos para ensayar un sistema de defensa. Seria esto tanto como irse de puñal en mano por las calles, por las casas, por los templos, como volverse loco, como querer matar por matar.

Al gobierno no le queda hoy mas recurso ni es otro su deber, que capitular: dar un corte á las dificultades en paz, retirarse á tiempo, devolver lo que no es suyo, salvar una sangre que puede ser útil, ponerlo en un puesto para las cosas un sello en que no quede maldecido su nombre, ni proscrita su memoria.

Buena ocasion se le presentó para ello, y la desaprovechó, en el 11 de Mayo próximo pasado, cuando las conferencias y el Convenio de Antímano. Pudo haber proclamado entónces y firmado la amnistia, para él en especial, como el representante del régimen antiguo, y como el que mas la necesitaba: las amnistias son mantos que cubren, y palabras que reconcilian. Pudo haber puesto un cese á la guerra, dando él la palabra de paz. Pudo haber instalado á la Revolucion en el gabinete, y abierto la era del reposo público. Pudo en fin, haber abatido la bandera rota delante de la bandera flamante, devuelto el título del mandato, y reconocido el derecho del soberano.

No hizo eso: hizo un tratado absurdo, en que, hasta cierto punto, se reconocieron dos campamentos, dos ideas, dos gobiernos; y sin embargo, ni el uno quedó mas debilitado ni mas fuerte por eso, ni el otro refrendó su título en la opinion. Un gobierno no quiere continuar siendo gobierno y capitula; una Revolucion es reconocida como tal en su derecho, y no manda: he aquí el Convenio: naturaleza híbrida, que no tiene ninguna propia; verso sibilino, que por lo mismo que niega y afirma al propio tiempo, nada resuelve. El hombre de Estado es el que define, el que marcha á un fin, el que no hace procesos de alcaldía.

Si en cuanto á los efectos es malo el tratado por esta consideracion, por otra tambien lo es en cuanto á su forma. ¿Cómo ha creído consultarse la verdadera naturaleza de un convenio de guerra, dejando á una de las partes con la garantía necesaria para su ejecucion, consistente en las fuerzas, y á la otra sin ninguna garantía,

puesto que se le quitaban hasta cierto punto las propias? ¿Qué otra cosa se pretendió que dejar al Gobierno con sus tropas, y pretender someter las otras, por un rasgo de pluma, á título de aliadas? Se pretendió mas: engañar la Revolucion y empapelarla.

Es un error: en política se puede medrar hasta con planes interesados, si consultan la verdad de las cosas, si siguen la corriente de los intereses, si van por leyes conocidas; pero no se puede luchar contra los hechos, ni hacer basa en el engaño. Maquiavelo, el gran Maquiavelo, escribió, si se quiere, el epicureismo, pero no la estupidéz de la política.

Consecuencias del tal tratado de Antímano: que no logró su objeto; que sí logró que la Revolucion tocase las barbas al Gobierno, anduviese autorizada por todas partes y circulase mas libremente por las venas del cuerpo social; que fuese una piedra de escándalo para todos; que alarmase mas el patriotismo; que encendiese mas el entusiasmo; que debilitase mas al Gobierno; que se dilatase mas, sin fruto alguno de vida, la era de la transformacion, y que sonase el grito de alarma en toda la República que va á ceñir á todos para el desenlace final de la obra redentora.

El Gobierno no fué avisado: olvidó esto: olvidó que su deber era la paz, que su encargo habia terminado, que venia una nueva capa á colocarse, que el rayo estaba despedido de la nube, que una historia se cerraba y otra se abria, que tocaba á la puerta el amo, y que no es posible detener á gritos un torrente, ni borrar con letras contrarias y oscuras la letra del destino.

Odios de parte de la Revolucion no habia: aquí se han abrazado todos, paseado todos las calles, contado sus aventuras, sus peligros y sus esperanzas: recuerdos sí habia, porque pesaba entónces, como pesa aún, la atmósfera de plomo del régimen antiguo, por lo cual era la lucha, y para la cual habia y hai derecho. ¿Dónde estaban, pues, las dificultades, ó los temores, ó el derecho contrario del Gobierno?— ¿Quién lo autorizó para parar el carro de los acontecimientos y hacer mas largo el plazo de la dicha?— ¿Cómo no previó que

podía

haber más lágrimas y sangre y que por no diferir cambiaba el orden, ni se debilitaba las fuerzas de las cosas?

Al mismo tiempo que oye este cargo el presente gobierno entienda también que no hay el menor odio al personal. La indignación del amor patrio no necesita de tocar con el individuo y sobre todo la revolución es muy grande y sus miras muy generosas para que aspire á menos que á elevarse á la ardua región de los principios. Al contrario, ella ~~ella~~ proclama la unión como vínculo la buena fe como fianza, la ley como código, el honor como estímulo, el

progreso como aspiración, y el orden regular como estado permanente.

Otro artículo será materia de cómo concebimos que sea mas pronto, mas incruento y mas fecundo el desenlace del drama.

CECILIO ACOSTA.

Caracas, Junio 5 de 1868.

(Este artículo fue publicado en "El Federalista" N.º 1438 - del 5 junio 1868)